

EL PAPA, VENEZUELA Y LA IGLESIA

El Papa nos visitó como pastor que quiere afianzar la fe, el amor y la esperanza de los hombres y mujeres venezolanos. Esta ha sido en general la tónica de sus viajes por el mundo y esa fue también la marca fundamental de su primera visita en 1985.

Su apariencia física ha cambiado desde la última vez que le vimos en Venezuela. Es un hombre de avanzada edad, con el rostro marcado por los años y su caminar lento y con dificultad. Sin embargo, su carisma personal, su talante apostólico y su estilo personal mantienen la misma fuerza que siempre lo han caracterizado. Sabe estar a gusto en medio del pueblo que convoca en multitudes extraordinarias. Transmite una honda vivencia de Dios y de su ser padre y pastor universal de la Iglesia. Con sus gestos y actitudes expresa cariño, cercanía, amor profundo e interés por los hombres concretos. Se le siente viviendo intensamente cada instante de su acción pastoral. Tiene el poder de comunicar fe y esperanza.

José Virtuoso

El pueblo lo recibió entusiastamente. Las concentraciones rebasaron con mucho las previsiones hechas. Hasta los mismos traslados se convirtieron en encuentros multitudinarios no planificados ni calculados. Lo que movía y normaba los comportamientos y actitudes de la gente era la fe que se traducía en todo momento en talante religioso. Para esa fe el Papa es una fuente de Espíritu, una figura religiosa cercana a Dios. Esa fe le hacía sentir que Dios quería que fuera a encontrarse con el Papa; por eso valía la pena hacer cualquier sacrificio para responder con entusiasmo y alegría a esa llamada.

La Iglesia tuvo que forcejear con el gobierno para tomar en sus manos la organización y dirección de la visita, para hacer de ella una actividad pastoral independiente de los intereses políticos. Al final de la visita, creemos que la Iglesia tuvo la suficiente habilidad y libertad para tomar las riendas de este acontecimiento. Una señal clara de ello se observó en el acto que se organizó frente al Retén de Catia y en el encuentro con los jóvenes.

En efecto, el emotivo acto frente al Retén de Catia, que tantas polémicas y resistencias supuso, fue posible gracias a la independencia que la Iglesia asumió frente al gobierno en la organización de la visita papal. Aquel momento fue un acto de Iglesia, es decir de la comunidad de cristianos que alienta la fe y proclama la justicia que esa misma fe exige. Gracias a la autonomía lograda, la Iglesia del Retén de Catia, en boca del P. Matías Camuñas, se unió a la voz del Papa e hizo de aquel momento un gesto profético, llamando a todos a la conversión y a la solidaridad y denunciando las injusticias que se cometen contra los presos en Venezuela y muy especialmente en ese retén. Los presos y sus familiares agradecieron este acto evangelizador y reprocharon la actitud de las autoridades del retén que escondieron a los presos y simulaban desde las ventanas del presidio saludos al Papa con policías disfrazados de civiles, según denunció la prensa. La diferencia entre Iglesia y Estado, entre la Iglesia y el po-

der político se vio y se percibió con claridad.

Por su parte, el acto con los jóvenes en el paseo de Los Próceres mostró también una Iglesia joven reflexionando sobre la realidad venezolana y cuestionándola a la luz del Evangelio. Desde esa mirada al país, los jóvenes se exigían conversión y renovaban su compromiso. Hacía falta libertad para hablar como allí se hizo.

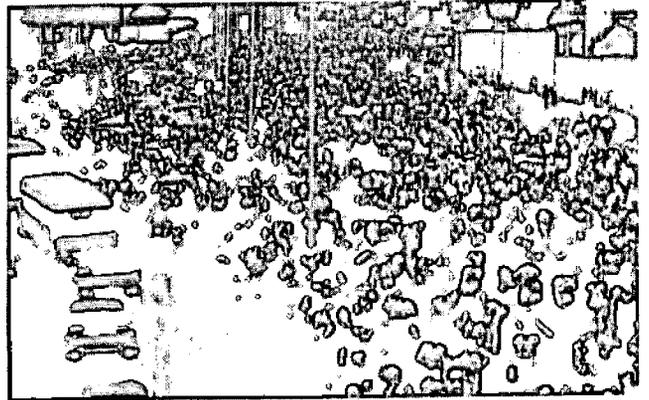
LA IGLESIA

El encuentro con el Papa dejó en manos de la Iglesia no pocos retos y tareas. Su capacidad de respuesta dependerá de su creatividad apostólica y fidelidad al Espíritu de Jesús, discernido en los actuales momentos que vive el país. El gran peligro para nuestra Iglesia es quedarse contenta y tranquila tras la cortina del éxito del operativo desplegado y en la entusiasta acogida que la gente brindó al Papa en su visita.

La Iglesia venezolana quiere servir al pueblo creyente y oprimido. Esta segunda venida del Papa nos hizo caer en la cuenta nuevamente de que este pueblo es profundamente creyente, y su actitud de devoción hacia el Papa sólo se valora adecuadamente si se comprende "la religión del pueblo", de la que hace años venimos hablando en América Latina; es decir, esa manera propia de ver, vivir y practicar el cristianismo que tiene nuestro pueblo pobre. Sin embargo, en esta ocasión la Iglesia venezolana no se esmeró en presentar la realidad de pueblo oprimido que vivimos los creyentes, la realidad de exclusión que se practica en nuestra sociedad y la acción alternativa que muchos cristianos desarrollan. Los discursos del Papa —cuya responsabilidad fundamental en su elaboración es de la Iglesia local— hablaban de la crisis en genérico, asumiendo ingenuamente la perspectiva de toda la sociedad venezolana. A los cristianos no solamente nos preocupa la crisis global del país, sino cómo la padecen en concreto los pobres de esta tierra, porque a ellos quiere la Iglesia de Jesucristo servir expresamente. Un



*Hasta los mismos
traslados se
convirtieron en
encuentros
multitudinarios no
planificados ni
calculados*



reto exigente tiene la Iglesia en el país: acompañar al pueblo creyente venezolano desde su fe en su lucha por restaurar en justicia aquello que como pueblo le debe el orden establecido.

Dos tareas pastorales muy singulares le quedan a la Iglesia después de lo acontecido en la visita del Papa. Por una parte, continuar fortaleciendo y animando la labor tesonera que realizan muchos laicos, religiosos y sacerdotes con los presos de nuestras cárceles. Ese apostolado fue el que hizo posible el gesto espontáneo de comprensión y cercanía del Papa hacia los presos del reten; y por eso el acto se convirtió en un llamado para que la Iglesia venezolana profundice su sensibilidad ante el sufrimiento de este mundo.

El encuentro con los jóvenes nos dejó otro desafío importante. Unos 200.000 jóvenes de todo el país se congregaron ese domingo. Fue un encuentro emotivo, que terminó con una confirmación entusiasta de su fe y su compromiso por la vida. Los muchachos fueron invitados a convertirse en constructores de la cultura de la vida. ¿Será capaz la Iglesia venezolana de acoger creativamente esa respuesta y encontrar canales adecuados para su concreción práctica?

EL PAIS

Para el país la venida del Papa fue una buena noticia. En primer lugar, su presencia entre nosotros nos convocó como pueblo. Para los venezolanos, el sólo hecho de encontrarnos masivamente y vinculados por un sentir común, nos hizo

mucho bien en medio de la privatización de la vida pública por la que estamos atravesando. Desgraciadamente estamos rompiendo nuestra convivencia como sociedad, especialmente en una ciudad como Caracas. Cada vez da más miedo salir sólo, reunirse con desconocidos, confiar en otros. La violencia cotidiana se encarga de encerrarnos en nuestras casas y en el círculo de las obligaciones individuales. Esos encuentros masivos que se dieron en Caracas y en Guanare nos devolvieron ese sabor de comunidad, de sociedad vinculada, que no experimentamos desde hace tiempo. Aunque sea por poco tiempo nos sentimos hermanos. La sociedad venezolana necesita repetir experiencias similares y favorecerlas.

También fue buena noticia el éxito de los operativos desplegados. Los actos realizados contaron con el apoyo y coordinación del Estado y la sociedad civil. Nuestra experiencia diaria nos habla de ineficiencia y de incapacidad hasta para lograr las cosas más pequeñas de la vida ordinaria. Dentro de esa frustración, el éxito logístico obviamente nos alegra. Los analistas de nuestra cultura pueden utilizar estos logros para afirmar su tesis sobre la capacidad que tenemos para hacer operativos exitosos en contraste con la imposibilidad de ser eficientes en el día a día. Nos falta desmentir esa tesis con hechos. Pero estos éxitos puntuales pueden ayudarnos mucho a caminar hacia la eficiencia cotidiana en la medida en que robustecen nuestra autoestima colectiva y nos convencen de nuestras posibilidades como sociedad.

Un punto en la agenda del Papa sirvió para poner de relieve dos percepciones encontradas sobre el liderazgo político del país. Ese momento fue el encuentro con "Los constructores de la sociedad". La percepción que una parte de los venezolanos tuvimos al observar la pantalla de la televisión fue que allí estaban muchos que no deberían estar, pero que siguen creyendo en su protagonismo social, que quieren presentarse ante Venezuela y el mundo como el liderazgo político de la nación, cuando el país les está mostrando comprobada apatía y rechazo. La idea en sí misma de una élite que se siente constructora de la sociedad está en contradicción con el movimiento alternativo y novedoso que está surgiendo en el pueblo venezolano de una democracia sustentada en la sujetualidad de la gente y su participación.

Asimismo, la figura de la Iglesia jerárquica —representada por el Papa y los Obispos— dirigiéndose a la aristocracia civil y política del país, para indicarles qué tienen que hacer en la sociedad, transmitía la idea de cristiandad, en la que la institución eclesiástica se siente poseedora de la verdad y el orden establecido la acata reverentemente. La Iglesia ha superado la imagen de cristiandad desde el Concilio Vaticano II. La sociedad venezolana está encontrando otras configuraciones políticas que dejan atrás la idea de élite política. Sin embargo, a veces, los muertos regresan. □

José Virtuoso es Director del Centro Gumilla.